

ACORDES DEL ABSOLUTO

En su libro *Margen interno*, una recopilación de ensayos y semblanzas literarias, Juan Malpartida evoca cómo se hizo poeta y analiza esa vivencia inicial, tan decisiva también para comprender su trayectoria como crítico.

JOSÉ MARÍA HERRERA

Juan Malpartida, *Margen interno*, Fórcola ediciones, Madrid, 2017.

Comenzaré esta reseña evocando al protagonista de *El joven papa*, la serie televisiva de Paolo Sorrentino. Pío XIII, nombre del imaginario pontífice, mantiene una problemática relación con Dios. Sus dudas y vacilaciones, normales en cualquier creyente, no quizá en quien lleva a las espaldas la carga de la Iglesia, le incitan a preguntar a los clérigos, cada vez que se queda a solas con alguno, cómo les vino la llamada. Se trata de una cuestión importante, pues permite rastrear la intervención divina en quienes la han sentido personalmente y reflexionar sobre ese momento dramático en el que una biografía cambia para siempre partiéndose en dos: un antes mundano y un luego consagrado a la eternidad. Al final, lo que suele surgir en estos interrogatorios

fugaces es una anécdota, un detalle menor, algo similar a lo que relató Agustín en sus *Confesiones*, modelo literario para cuantos han experimentado una metamorfosis parecida, sea o no religiosa.

Revelación, conversión, llamada; todo esto acaece también en poesía. Juan Malpartida lo sabe por experiencia, sabe el enorme peso que en la vida del poeta tiene el descubrimiento de su vocación y, por eso, ha querido comenzar *Margen interno*, recopilación de ensayos y semblanzas literarias, con la evocación de cómo se hizo poeta y el análisis de esa vivencia inicial, tan decisiva también a la hora de comprender su trayectoria como crítico. “Yo escribí mi primer poema a los dieciséis años porque había leído otro...” Una tarde de primavera, en Marbella, su ciudad natal, conmocionado con *El viaje definitivo* de Juan Ramón Jiménez, el muchacho sintió la necesidad de componer su propio poema. Naturalmente, fue solo una imitación, pero, en ese partir de otro, imitándolo, intuyó algo que sería fundamental después en su visión de la poesía y la literatura en general: que “la poesía viene de la poesía” y que, para quien cae bajo su hechizo, constituye una revelación que ensancha y aquilata la propia perspectiva relativizando sus márgenes, eso que solemos identificar con el mundo cotidiano y que es, en efecto, el mundo en su cotidianidad.

La experiencia religiosa y la experiencia poética son diferentes. No es aquí mi intención equipararlas. La fe proporciona consuelos y certezas que la poesía no puede ofrecer. En primer lugar, y sobre todo, la convicción de que el mundo es inteligible. La poesía no sabe tanto. Ha de conformarse, en el mejor de los casos, con poner un poco de orden a su alrededor. Malpartida la define como “una regularidad capaz de expresar las dimensiones irregulares de la vida”. Verdad que hoy, bajo el evolucionismo, estas dimensiones constituyen toda la vida. La naturaleza no acaba definitivamente sus obras, tiene una tendencia vanguardista a abocetarlas; tendencia poética, antiplatónica. *Camino de casa*, la novela con que Malpartida ganó el premio Ciudad de Barbastro 2015, es un *bildungsroman* que trata justamente de cómo la conciencia de que las cosas son así (de que vivimos en un mundo a medio hacer) transforma la existencia cotidiana del protagonista. Sea como sea, y a diferencia de la religión, la filosofía o la ciencia; la poesía, la literatura, las artes en general, no conciben la

realidad como totalidad (de sentido o sin sentido), sino como fragmentos inconexos que no cabe integrar en una totalidad previa por la sencilla razón de que, para ellas, dicha totalidad no existe. Lo poético no guarda relación con lo absoluto, aunque en ocasiones, añorando tiempos pasados, se juegue a evocar con nostalgia el eco de sus apagados acordes. Se trata, digámoslo así, de un politeísmo de las apariencias. “La poesía -escribe Juan Malpartida-, es fractal”, ama lo irregular porque ama la vida.

Señalo todas estas ideas porque hay que saber, para adentrarse en *Margen interno*, que las labores críticas de su autor son la otra cara de sus tareas creativas como novelista o poeta y que, precisamente porque es así, porque la escritura constituye para él una forma más lúcida de vivir, en sus ensayos sobre literatura y poesía no encontraremos nunca nada académico, arqueológico o burocrático. Los libros que comenta los lleva dentro, como quien ha dialogado largamente con ellos. La evocación del modo en que sintió la llamada poética y cómo esta cambió radicalmente su existencia, es su forma de decir que no le interesa en absoluto reducir autores o textos al mostrenco común denominador escolar o a clichés fácilmente reconocibles por los frequentadores de reseñas, sino “convertir al lector en un momento de la obra”, hacerle partícipe de la lucha contra “la disipación y la pérdida” en que, como respuesta a la incertidumbre de la vida, consiste la literatura. Tanto si ejerce de historiador -por ejemplo, en el memorable ensayo *Claves de la poesía hispanoamericana del siglo XX*- como si examina las obras o ideas de ciertos autores -desde su admirado Octavio Paz a Gil de Biedma o José Luis de Vilallonga (con cuyas Memorias también yo simpatizo)- su objetivo es revivir los textos, ponerlos bajo la luz más adecuada para que sea visible todo lo que llevan dentro. Se podría decir que, para él, los buenos libros son como un presente congelado y que basta abrirlos y leerlos atentamente para que se derritan haciendo que la vida vuelva a fluir en ellos.

La apuesta de Malpartida por la realidad, entendida no como un mundo previo, sustantivo y descifrable al que hay que abrir nuestra conciencia, sino en ese sentido poético-evolucionista que hemos dicho antes, le convierte en un lector más interesado en descubrir la riqueza de los textos que en agotarlos. Igual que las mujeres fatales de la vieja literatura, que

dice lo justo para que el lector se sienta interesado. Esta labor de incitación no tiene, sin embargo, nada de pedagógico. Malpartida sabe bien que no es la literatura la que está en crisis, sino los lectores, y que estos no pueden encontrarse con ella más que sintiendo (como él cuando descubrió a Juan Ramón o como el clérigo que nota la llamada del Señor), su gloriosa y directa epifanía, sin mediaciones. Otra cosa son las estrategias que, como crítico, emplea para poner al lector en la mejor disposición posible a fin de que tal cosa acontezca. Ahí es donde entran en juego las refinadas virtudes de su escritura –claridad, amenidad, ecuanimidad–, ligadas a una poética y una inteligencia que aspira a esclarecer una vida que no es sustancia, sino actividad incesante, “espiral y gravitación”, como quiso titular la gran antología de sus poemas antes de que la llamara *Huellas*. La tarea del crítico, tal y como él la concibe y practica, consiste en discriminar la calidad de los textos subrayando lo que los vuelve valiosos, pero el desempeño de esa tarea sólo será atinado cuanto menos se parezca al mecánico enjuiciarlos desde una posición fija. Las limitaciones de carácter ideológico o estético deben ser dejadas a un lado, y no sólo porque su destino sea cojear siempre tras lo real, sino porque, como escribió Paz, “la obra, cuando tiene valor, se escribe a expensas del autor”.

Las semblanzas que completan *Margen interno* –el libro se divide en dos partes: “Puentes” y “Orillas”– recordarán a los lectores de Malpartida *Estación de cercanías* y *Al vuelo de la página*, sus dos estupendos diarios. Como en ellos, destacan la sutileza psicológica, la vastísima cultura y el irónico buen humor. Una galería de personajes ilustres (Diderot, Emerson, Thoreau, Mircea Eliade, George Steiner, Levi-Strauss, Cyril Connolly, Gerald Brenan...) se ofrece ante nosotros mientras el autor, inteligente y amable, nos cuenta sus peripecias, pasiones y logros. Yo creo que esta capacidad exhibida en esta última parte del libro de cicerone capaz de mostrar los aspectos más seductores de las cosas constituye también una virtud, quizás no la mayor de sus muchas virtudes como literato, pero sí, desde luego, una virtud que hace lectores, o sea, amigos. 🐼

JOSÉ MARÍA HERRERA ES ESCRITOR.